

Procesos Domésticos y Vulnerabilidad.
Perspectivas antropológicas
de los hogares con Oportunidades

PUBLICACIONESDELA CASACHATA

Virginia García Acosta
Directora General del CIESAS

Ernesto Isunza Vera
Director Académico

Edgar García Valencia
Subdirector de Difusión y Publicaciones

Procesos Domésticos y Vulnerabilidad.
Perspectivas antropológicas
de los hogares con Oportunidades

Mercedes González de la Rocha

Con la colaboración de

Alejandro Agudo Sanchíz
Alejandro Castañeda Valdez
Paloma Paredes Bañuelos
Manuel Triano Enríquez
y
Paloma Villagómez Ornelas



Edición al cuidado de: León Plascencia Ñol, Alejandro Agudo Sanchíz
Diseño de la portada: Sarahí Lay Trigo
Fotografía de portada: Nadia Santillanes Allande
Corrección: CIESAS
Tipografía y formación: Ana Rodríguez Ocegüera

Primera edición: 2006

© Centro de Investigaciones y Estudios
Superiores en Antropología Social (CIESAS)
Hidalgo y Matamoros s/n
Col. Tlalpan, C.P. 14000, México, D.F.
difusion@cieras.edu.mx

ISBN 968-496-600-8

Impreso y hecho en México

INDICE

Introducción / 11

Mercedes González de la Rocha

Breve historia del PROGRESA-Oportunidades / 14

Las evaluaciones cualitativas / 22

Propósito del libro / 25

Preguntas e hipótesis / 27

Estructura del libro / 35

Capítulo I. Recursos domésticos y vulnerabilidad / 45

Mercedes González de la Rocha

Los hogares y el cambio económico / 48

Recursos de los hogares y estructuras de oportunidades / 50

Estrategias de sobrevivencia y reproducción social / 55

Factores de vulnerabilidad / 68

Tamaño y composición de los hogares / 69

Sexo del jefe de hogar / 70

La importancia del ciclo doméstico / 73

Relaciones de género y diferenciación de los hogares / 75

Los límites de las estrategias de sobrevivencia:

¿crisis de las redes de reciprocidad? / 77

Conclusiones / 80

Capítulo II. Los hogares en las evaluaciones cualitativas: cinco años de investigación / 87

Mercedes González de la Rocha

Introducción / 87

Los grupos domésticos semi-urbanos / 92

Objetivos y estrategia metodológica / 92

Resultados / 94

Los recursos domésticos y familiares / 94

Cambios en la vulnerabilidad de los hogares / 100

Los grupos domésticos urbanos / 116

Objetivos y estrategia metodológica / 116

Resultados / 120

	<i>Género e incorporación a Oportunidades</i> / 120
	<i>Prácticas de cuidado de la salud</i> / 121
	<i>Impacto en educación</i> / 122
	<i>Primeros impactos en los hogares urbanos</i> / 123
	<i>Cambios en la vivienda</i> / 125
	<i>Ciclo doméstico</i> / 126
	<i>Nuevos arreglos domésticos</i> / 126
	<i>Control femenino de las transferencias</i> / 127
	<i>Relaciones sociales extra-domésticas</i> / 127
	<i>Cumplimiento de corresponsabilidades</i> / 129
Los grupos domésticos rurales	/ 132
	<i>Objetivos y estrategia metodológica</i> / 132
	<i>Resultados</i> / 137
	<i>Cambios en el consumo y en la vivienda</i> / 137
	<i>Los empleos de los ex becarios y cambios en educación</i> / 139
	<i>Cambios en los cuidados a la salud</i> / 142
	<i>Cambios en la jefatura del hogar</i> / 144
	<i>Tensiones entre corresponsabilidades y trabajo femenino</i> / 145
	<i>Factores de vulnerabilidad de los hogares</i> / 145
	<i>Ciclo doméstico, opciones laborales y vulnerabilidad</i> / 148
Hogares transitados al Esquema Diferenciado de Apoyos	/ 151
	<i>Objetivos y estrategia metodológica</i> / 151
	<i>Resultados</i> / 157
	<i>Factores y escenarios de vulnerabilidad</i> / 159
Conclusiones	/ 165

Capítulo III. Punto de partida: Vulnerabilidad y potencialidades de los hogares en expansión / 173

Paloma Villagómez Ornelas

	<i>Introducción</i> / 173
	<i>Metodología</i> / 175
	<i>Hipótesis</i> / 178
	<i>Ciclo doméstico y fase de expansión</i> / 180
	<i>El ciclo doméstico y sus fases</i> / 180
	<i>La fase de expansión</i> / 180
	<i>Estrategias de sobrevivencia en la fase de expansión</i> / 182
14 Estudios de caso, 11 localidades	/ 186
	<i>Los hogares del norte</i> / 187

<i>Los hogares del centro</i>	/ 190
<i>Los hogares del sur</i>	/ 192
Factores de vulnerabilidad y potencialidad	/ 194
<i>La jefatura</i>	/ 195
<i>La salud</i>	/ 196
<i>El clima educativo</i>	/ 197
<i>Composición: tamaño y estructura</i>	/ 198
<i>Trabajo y activos productivos acumulados</i>	/ 202
<i>Estructura de oportunidades</i>	/ 203
<i>Participación laboral y razón de dependencia</i>	/ 204
<i>Tipos de trabajo y condiciones laborales</i>	/ 206
<i>Activos productivos</i>	/ 208
<i>Ingresos monetarios</i>	/ 209
<i>Condiciones de la vivienda</i>	/ 212
<i>Modalidad de acceso a la vivienda</i>	/ 212
<i>Condiciones generales</i>	/ 215
<i>Uso productivo</i>	/ 217
<i>Procesos de mejoramiento de la vivienda</i>	/ 219
<i>Relaciones intra-domésticas</i>	/ 220
<i>Redes sociales</i>	/ 225
Oportunidades y los escenarios para su aprovechamiento	/ 228
<i>Oportunidades y la fase de expansión</i>	/ 228
<i>Oportunidades y los procesos de acumulación de ventajas</i>	/ 230
<i>Procesos de acumulación de ventajas</i>	/ 230
<i>Procesos de acumulación de desventajas</i>	/ 232
Comentarios finales	/ 234

Capítulo IV. Hogares en consolidación. Descripción y análisis de un equilibrio precario / 237

Paloma Paredes Bañuelos

Introducción	/ 237
Los hogares estudiados	/ 239
Descripción y análisis de un equilibrio precario	/ 241
Paisajes de la pobreza	/ 250
Redes de apoyo: redes familiares	/ 257
<i>La morada</i>	/ 259
<i>Ayudas del día a día</i>	/ 261
<i>Cuidados y compañía</i>	/ 263

<i>Trabajo y desempleo</i>	/ 264
<i>Proceso de migración internacional</i>	/ 265
Apoyo por parte de redes no familiares	/ 266
Oportunidades a corto y largo plazo	/ 268
<i>Efectos en el ciclo doméstico (efectos del largo plazo)</i>	/ 269
<i>Efectos en el día a día (efectos inmediatos)</i>	/ 272
<i>Efectos en la salud (efectos de corto y largo plazo)</i>	/ 273
Conclusiones	/ 274

Capítulo V. Reciprocidad diferida en el tiempo: Análisis de los recursos de los hogares *dona* y envejecidos / 277

Manuel Triano Enríquez

Introducción	/ 277
Objetivos, hipótesis y estrategia metodológica	/ 282
Entorno socioeconómico	/ 286
Recursos y activos de los hogares “ <i>dona</i> ”	/ 287
<i>Oportunidades</i>	/ 287
<i>Composición doméstica</i>	/ 289
<i>Trabajo</i>	/ 300
<i>Ingresos monetarios</i>	/ 304
<i>Tierra y vivienda</i>	/ 309
<i>Salud</i>	/ 312
<i>Relaciones extra-domésticas</i>	/ 318
Vejez y recursos en los hogares en el momento avanzado de la fase de dispersión	/ 324
<i>Movilización de recursos a través de la red de relaciones extra-domésticas informales</i>	/ 325
<i>Extensión de la estructura doméstica entre adultos mayores</i>	/ 333
Comentarios finales	/ 335

Capítulo VI. Salir al quite: Hogares de jefatura femenina en las evaluaciones cualitativas de Oportunidades / 343

Alejandro Castañeda Valdez

Introducción	/ 343
Las estadísticas de los HJF	/ 344
Límites y conceptos	/ 346
La pobreza, ¿elevada al exponente de género?	/ 350
Plan de trabajo	/ 353

Los hogares /	356
<i>Madres sin pareja /</i>	<i>356</i>
<i>Hogares extensos encabezados por mujeres /</i>	<i>367</i>
<i>Hogares unipersonales femeninos /</i>	<i>373</i>
<i>Hogares encabezados por abuelas /</i>	<i>379</i>
<i>Hogares subsumidos /</i>	<i>382</i>
<i>Jefatura con cónyuge /</i>	<i>395</i>
Reflexiones finales /	391
<i>Anexo I /</i>	<i>396</i>

Capítulo VII. La confluencia de relaciones intra-domésticas y redes sociales en procesos de acumulación de (des)ventajas / 397

Alejandro Agudo Sanchíz

Introducción: Hogares “ideales” y “desviantes” en el análisis de las relaciones intra-domésticas y las redes sociales /	397
Diseño del análisis y elección del material /	405
Los casos “desviantes” y sus desiguales relaciones de intercambio /	414
Escenarios de acumulación de ventajas: Ayuda mutua, reciprocidad pospuesta y la combinación de trayectorias domésticas de migración y escolaridad /	427
Conclusión /	436

Conclusiones. Relaciones entre modelos y contextos de desarrollo social / 439

Alejandro Agudo Sanchíz y Mercedes González de la Rocha

Las realidades locales del desarrollo y su representación en programas de política social /	441
Las relaciones sociales del “éxito” y “fracaso” de los programas de desarrollo social /	446
Los (inesperados) efectos de los programas de desarrollo: la experiencia social de los beneficiarios /	450

Referencias bibliográficas / 455

Autores / 481

Introducción

Mercedes González de la Rocha

Sobrevivir en condiciones de pobreza, en el día con día, es una ardua tarea. Más difícil aún es proporcionar a los hijos instrumentos para un mejor futuro, opciones reales de movilidad ascendente. Las condiciones económicas de la mayoría de los pueblos, rancherías y ciudades de nuestro país han gradualmente estrechado los márgenes de acción y elección de los pobres y sus familias y han impuesto cada vez más límites a las formas tradicionales de obtener el sustento. Aunque sigue siendo válido afirmar que la fuerza de trabajo es uno de los recursos más importantes de los pobres y el único que poseen en abundancia (Moser, 1996; González de la Rocha, 1994), hay pocas opciones para su uso y movilización real y efectiva. Son cada vez más quienes se van de los pueblos y las rancherías tanto a regiones y localidades más prósperas del país como a los Estados Unidos. La reproducción social, en un cada vez mayor número de comunidades, no puede entenderse sin tomar en cuenta la emigración y las remesas. La erosión del trabajo produce otros procesos que van en conjunto restando recursos y capacidades de sobrevivencia y reproducción en las familias pobres (González de la Rocha, 2000; 2001). La constatación de que éste no es un problema aislado, sino que se encuentra en cada trabajo de campo realizado en distintas regiones (con algunas excepciones en el norte del país), impone la necesidad de dejar atrás enfoques y herramientas analíticas ingenuos que enfatizan las capacidades domésticas y familiares de los pobres, los recursos de la pobreza, y enaltecen las estrategias de sobrevivencia sin tomar en cuenta los límites de las mismas. En este libro el lector encontrará un énfasis explícito en los factores asociados a la vulnerabilidad que caracteriza la vida de los pobres, en los cambios en las

economías de los hogares de escasos recursos y en los procesos gestados al interior de estos grupos domésticos a lo largo del tiempo de exposición al Programa Oportunidades.

El saldo neto de casi dos décadas de vaivenes, crisis y ajustes económicos, al final de los años noventa, fue la abrumadora presencia absoluta y relativa de personas pobres entre la población mexicana. De acuerdo con los cálculos del Comité Técnico para la Medición de la Pobreza (2002), el 52.6 por ciento de mexicanos estaba situado, en el año 2000, por debajo de la línea patrimonial de pobreza.¹ Según esta misma fuente, el 24.2 por ciento de los habitantes del país formaba parte de hogares cuyos ingresos no eran suficientes, en el mismo año, para cubrir las necesidades mínimas por persona de alimentación (15.4 pesos de agosto del año 2000 en áreas rurales y 20.9 pesos diarios en áreas urbanas). Si a estas cifras añadimos los hallazgos de investigaciones etnográficas sobre los crecientes límites a las estrategias de sobrevivencia en ámbitos rurales,² podemos aquilatar la magnitud del problema.

Como parte del proceso de cambio de la política social en el conjunto de los países latinoamericanos, las políticas y los programas específicos relacionados con la pobreza gozan, desde los años noventa, de una prioridad sin precedentes en toda la región (Abel y Lewis, 2002). La política social, en este proceso, se redefine y experimenta innovaciones como producto, entre otros factores, del reconocimiento del llamado Consenso post-Washington de que el déficit social acumulado durante los años de crisis y reestructuración

¹ La línea de pobreza patrimonial “...se refiere a todos aquellos hogares cuyo ingreso es insuficiente como para cubrir las necesidades de alimentación, salud, educación, vestido, calzado, vivienda y transporte público –equivalentes a 28.1 y 41.8 pesos diarios de 2000 por persona en áreas rurales y urbanas, respectivamente” (Comité Técnico para la Medición de la Pobreza, 2002: 9).

² Dichos estudios documentaron la fragilidad e inviabilidad de la producción agropecuaria de subsistencia, las dificultades en aumento para conseguir un empleo, la precarización apabullante de las ocupaciones y el incremento de personas sin ningún tipo de seguridad social, asociado todo ello a situaciones de aislamiento y erosión de los sistemas informales de apoyo (Escobar, 2000; Escobar y González de la Rocha, 2000).

incumbe a la política social y, en ese sentido, que la reducción de la pobreza debe convertirse en meta última y primera de los programas sociales (Fine, 2001; Molyneux, 2005; González de la Rocha, 2005b; Escobar, 2006).

Los años de recuperación de la segunda mitad de la década de los noventa permitieron destinar mayores recursos a los programas sociales en México (Székely, 2002). En 1997, a la mitad del sexenio de Ernesto Zedillo, se crea el Programa de Educación, Salud y Alimentación (PROGRESA), antecesor del actual Programa Oportunidades. Este es, desde que fue creado, un programa focalizado de transferencias condicionadas que pretende incidir –a través del mejoramiento de la alimentación, la salud y la educación de las familias más pobres del país– en la construcción y el fortalecimiento de capital humano para romper el círculo de reproducción intergeneracional de la pobreza. Desde su inicio, selecciona a las familias beneficiarias a través de criterios técnicos resumidos en indicadores de pobreza y establece como norma y requisito indispensable la corresponsabilidad de los beneficiarios. Su evolución ha sido vertiginosa. Inició sus operaciones en áreas rurales en 1997 y a partir de ese año ha crecido tanto en términos del territorio geográfico en el que opera como en el número de familias incorporadas. Al final de este sexenio (2006), cinco millones de familias tanto rurales como urbanas reciben los apoyos de Oportunidades, el equivalente al número de hogares que se encuentran por debajo de la pobreza de capacidades. Aunque sabemos que este conjunto de hogares no necesariamente coincide con los que han sido reportados como pobres según el umbral de capacidades (el Programa no utiliza dicho umbral), es claro que el Programa Oportunidades ha llegado al tope de su cobertura.³

³ En todo caso, lo que el Programa aún tiene que mejorar es el padrón de beneficiarios, dejando fuera del mismo a los hogares que son claramente errores de inclusión (sus niveles de vida sobrepasan el umbral de elegibilidad).

BREVE HISTORIA DEL PROGRESA-OPORTUNIDADES

PROGRESA, en su formulación original de 1997, se proponía romper el ciclo de la pobreza rural que consta, entre otros elementos, de niveles bajos de rendimiento del trabajo, una estrategia reproductiva de maximización del número de trabajadores potenciales del hogar (alta fecundidad), abandono temprano del sistema educativo a favor de actividades que generan ingresos para la unidad doméstica, y creación temprana de nuevas familias con el mismo perfil. Desde su creación, el Programa se propone mejorar los niveles de nutrición en edades tempranas (madres embarazadas y niños pequeños), alargar la escolaridad y dar seguimiento y tratamiento efectivo en el área de salud, orientar a las mujeres para “mejorar” su conducta reproductiva (limitar la fecundidad) y en la prevención y tratamiento de enfermedades. Todo ello, se suponía, debía redundar en una mejor inserción futura en el mercado laboral y, en general, en condiciones distintas a las que sirven de sustento a la reproducción intergeneracional de la pobreza.

Oportunidades es un programa interinstitucional en el que participan la Secretaría de Educación Pública, la Secretaría de Salud, el Instituto Mexicano del Seguro Social, la Secretaría de Desarrollo Social y los gobiernos estatales y municipales. Sin embargo, la Coordinación Nacional del Programa, a través del cálculo del nivel de elegibilidad (pobreza⁴) de cada hogar, mantiene el control técnico y operativo de la selección, la incorporación y la permanencia en el Programa.⁵

La cobertura del Programa ha pasado por un proceso de expansión considerable. En el año 2000, todavía bajo el nombre de PROGRESA, dos

⁴ Los métodos y las bases para definir la elegibilidad de cada hogar son previos a la definición de las líneas de pobreza oficiales (véase Comité Técnico para la Medición de la Pobreza, 2002), y por lo tanto distintas de ellas.

⁵ Como explica Escobar (en prensa), en las distintas etapas de desarrollo del Programa se han previsto formas específicas de participación de los gobiernos municipales.

millones y medio de hogares recibían sus apoyos y desde el año 2004 el número de hogares incorporados al Programa se mantiene en cinco millones. En el 2006, el Programa operaba en 86,091 localidades de 2,435 municipios, con un presupuesto ejercido, ese mismo año, de 32.8 mil millones de pesos (Programa Oportunidades, 2005).

El método de selección de las familias rurales se realiza a través de la aplicación de una encuesta a la totalidad de los hogares de las localidades (ENCASEH, o Encuesta de Características Socioeconómicas de los Hogares) para determinar qué hogares se ubican por debajo del umbral de incorporación, definido por un puntaje construido por análisis discriminante.

Cuadro 1
Expansión de la cobertura del Programa Oportunidades, 2000-2005

AÑO	MUNICIPIOS	LOCALIDADES	FAMILIAS
2000	2,166	53,232	2,476,430
2001	2,310	67,539	3,116,042
2002	2,354	70,520	4,240,000
2003	2,360	70,436	4,240,000
2004	2,429	82,973	5,000,000
2005	2,435	86,091	5,000,000

Fuente: Programa Oportunidades (2005).

Los apoyos del Programa son de distintos tipos. Por un lado, las familias reciben un complemento nutricional para la madre, cuando está embarazada o en periodo de lactancia, para todos los infantes entre los seis meses y los dos años de edad y para los menores de entre dos y cinco años con indicios de desnutrición. Además, da a las familias seleccionadas transferencias en efectivo para complementar el ingreso familiar y propiciar una mejor alimentación (el “apoyo para alimentación”) y transferencias en efectivo por concepto de becas de educación, cuando hay niños en edad escolar, a partir de tercero de

primaria. Semestralmente otorga a los becarios de nivel primaria una cantidad para útiles escolares y un apoyo monetario anual a los becarios de secundaria y de educación media superior. En un principio y hasta el año 2001, las becas se daban a los niños y jóvenes que cursaban entre tercero de primaria y el tercer año de secundaria. En 2001 se empezó a dar becas a los muchachos que cursaban la preparatoria. Estas becas siguieron la misma lógica de montos crecientes, de acuerdo con el año y el nivel educativo, y con un diferencial de género favorable a las mujeres (este diferencial opera a partir de primero de secundaria).⁶ Sin embargo, las transferencias son acumulativas sólo hasta cierto punto. Las becas escolares tienen dos montos “máximos” por familia (cantidades de dinero en efectivo), según el nivel escolar al que asisten los hijos. Una familia con becarios en primaria y en secundaria puede actualmente recibir hasta 1,095 pesos por mes (180 por concepto de apoyo alimentario y hasta 915 por concepto de becas). Por otra parte, los grupos domésticos con becarios en primaria, secundaria y preparatoria (en cualquier combinación pero con estudiantes en este último nivel) pueden recibir hasta 1,855 pesos por mes (180 de apoyo para la alimentación y hasta 1,675 pesos por becas). En el ciclo escolar 2004-2005, el número total de becarios fue de poco más de cinco millones (5,157,151) y en el ciclo 2005-2006 aumentó ligeramente (5,298,756), distribuidos por nivel educativo de la siguiente forma:

⁶ Los montos de las becas, de tercero a sexto de primaria, en el primer semestre de 2006, fueron de 120, 140, 180 y 240 pesos mensuales respectivamente, tanto para niños como para niñas. Las becas de primero de secundaria eran, en ese mismo periodo, de 350 pesos para los hombres y 370 pesos para las mujeres (por mes). Los montos para segundo de secundaria eran, respectivamente para hombres y mujeres, de 370 y 410 pesos mensuales. Los varones becarios en tercero de secundaria recibían 390 pesos al mes, mientras que la beca para las jóvenes en ese mismo grado escolar ascendía a 450 pesos por mes. El diferencial de género en la escuela media superior continúa, de tal forma que en primero de preparatoria los jóvenes varones reciben 585 pesos al mes y las becarias 675; los varones que cursan el segundo año de la escuela media superior reciben 630 y las becarias 715 pesos al mes. Por último, los estudiantes de tercer año de preparatoria tienen una beca de 665 pesos y las estudiantes reciben 760 pesos al mes (Programa Oportunidades, portal electrónico, Monto de los apoyos mensuales correspondientes al primer semestre del 2006).

Cuadro 2
Cobertura escolar, ciclos 2004-2005 y 2005-2006

NIVEL EDUCATIVO	PRIMARIA	SECUNDARIA	EMS	TOTAL
BECARIOS 2005	2,854,886	1,629,449	616,044	5,100,379
BECARIOS 2006	2,867,760	1,734,643	696,353	5,298,756

Fuente: SEDESOL (2004), y Programa Oportunidades (2006a).

Por último, como parte de los apoyos se considera también la información que se proporciona en las sesiones educativas mensuales para la promoción y el cuidado de la salud, conocidas en las localidades como las “pláticas de salud”. En ellas se da información sobre higiene y nutrición, campañas de vacunación y prevención de enfermedades, entre otros temas. La asistencia puntual y regular a estas sesiones forma parte de las corresponsabilidades.

Las transferencias llegan bimestralmente a las madres de familia, quienes son las titulares ante el Programa, de manera directa o a través de cuentas bancarias. Los apoyos están condicionados al cumplimiento de las corresponsabilidades: la asistencia de los niños y jóvenes a las instituciones educativas, el cumplimiento de las citas médicas por parte de todos los miembros del hogar y la asistencia a las pláticas de salud. Aunque no formalmente parte de las corresponsabilidades, muchas mujeres titulares tienen que cumplir también con faenas de trabajo colectivo, organizadas sobre todo por los médicos y las enfermeras, destinadas a la limpieza de las escuelas, las clínicas o los espacios públicos de los pueblos (limpieza de la plaza central o de las calles, o campañas contra el dengue y otras enfermedades a través de acciones de higiene comunitaria).

En el año 2001, el Programa dejó de operar sólo en áreas rurales y se expandió a las pequeñas ciudades o localidades semi-urbanas (de hasta 50 mil habitantes). La selección de localidades y familias semi-urbanas se llevó a cabo con una metodología específica que sólo se usó una vez. Esta consistió en la aplicación de la Encuesta de Características Socioeconómicas de los Hogares Urbanos (ENCASURB) que,

a diferencia de la experiencia en el ámbito rural, consideró la participación del municipio para registrar y definir las áreas marginadas y no marginadas, previamente delimitadas por el Programa con información censal.⁷

En el 2002, Oportunidades incluyó también a las áreas urbanas de hasta un millón de habitantes y en 2004 se incorporaron familias en las grandes zonas metropolitanas (con población mayor a un millón de habitantes, incluido el Distrito Federal). La incorporación de familias en áreas urbanas se llevó a cabo con una nueva metodología basada en la “autofocalización por módulos”.⁸ Esta consiste, en términos generales, en cuatro distintos pasos: 1) identificación de manzanas donde se concentran los hogares pobres, a través de información censal; 2) difusión intensiva, dando prioridad a dichas zonas, sobre el Programa y sobre el tipo de familias (definidas por sus carencias) que pueden acceder al mismo. La difusión se lleva a cabo por diversos medios (impresos, radio y megáfonos ambulantes); 3) operación durante tres meses de módulos a los que acuden las personas que se autodefinen como elegibles en los términos difundidos; 4) verificación de la información ofrecida por los candidatos (algún miembro del hogar, normalmente la madre de familia) por medio de visitas a los hogares. A partir de ahí, el procedimiento sigue pasos similares a los de años anteriores: una reunión de orientación, una reunión para capacitación de vocales (antes promotoras), registro de los alumnos en sus escuelas y de todos los miembros de las familias en clínicas, y el seguimiento del cumplimiento de las corresponsabilidades, del cual dependen las transferencias.

⁷ Las evaluaciones cualitativas mostraron que tanto los procesos operativos basados en la ENCASEH rural como en la ENCASURB tienen limitaciones y, por lo tanto, son herramientas insuficientes para nutrir el proceso de selección de familias beneficiarias. Por ello, se apuntó la necesidad de explorar la alternativa de la *auto-selección* (abrir la posibilidad de que aquellos que creen necesitar el Programa acudan a solicitar su ingreso) mediante una corroboración posterior y cuidadosa de las condiciones de vida de la familia (Escobar y González de la Rocha, 2002a). El Programa diseñó y puso en práctica este nuevo sistema en las localidades urbanas en las que inició sus operaciones posteriormente.

⁸ Mismo que fue sujeto al análisis en la evaluación cualitativa del Programa Oportunidades en zonas urbanas, proyecto que tuvo lugar en el año 2003. En ese mismo proyecto se indagaron las condiciones de provisión de los servicios de salud y educación en el medio urbano y la interacción de los nuevos beneficiarios con los proveedores de dichos servicios (véase Escobar y González de la Rocha, 2005a).

A partir de 2002, la Coordinación Nacional del Programa Oportunidades ha enfatizado: 1) el fomento de la capacidad de las familias incorporadas de tramitar cambios pertinentes y plantear quejas en casos de inconformidad; 2) la sustitución de la promotora (una beneficiaria titular elegida por las otras como representante e intermediaria, encargada de todos los asuntos comunitarios de Oportunidades) por los llamados “Comités de Promoción Comunitaria” (tres vocales, también electas por las titulares, encargadas de educación, salud y “control”, respectivamente).⁹

Los cambios más significativos se realizan en 2003 y empiezan a operar a partir de 2004. En el primer año referido funciona por primera vez la Plataforma de Jóvenes con Oportunidades, más conocida en las comunidades como “los puntos de Oportunidades”. Este nuevo componente es, de acuerdo con el propio Programa: “...un nuevo incentivo para los jóvenes que estudian el bachillerato a fin de abrirles nuevas opciones... Los becarios del Programa, que terminan la educación media superior, pueden tramitar una cuenta de ahorros que los vincula con nuevas opciones para seguir estudiando, iniciar un proyecto productivo o mejorar su vivienda” (SEDESOL, 2005: 16), o adquirir un seguro de salud.

De acuerdo con el Programa, este componente pretende ser un acicate para terminar la preparatoria. Consiste en un beneficio económico diferido que se acumula gradualmente en forma de puntos a partir del tercer grado de secundaria y hasta el último grado de EMS (educación media superior). Los puntos se convierten en pesos que se depositan en una cuenta de ahorros (a través de un factor de conversión de puntos a pesos, aproximadamente un peso por punto) administrada por una institución financiera.¹⁰ Para ser acreedores a este componente, los egresados de la educación media superior tienen que tener menos de 22 años y formar parte de una familia activa en

⁹ A partir de 2005, el número de vocales ascendió a cuatro (una más para nutrición).

¹⁰ La tasa de conversión de puntos es actualizada anualmente, fijada por la Coordinación Nacional y autorizada por la Secretaría de Hacienda y Crédito Público de conformidad con el Índice Nacional de Precios de la Canasta Básica.

el Programa Oportunidades (que cumple con sus corresponsabilidades). Cuando el recién egresado cumple con los requisitos es notificado, a través de una carta, que es elegible para recibir los beneficios del componente y que puede proceder a formalizar su cuenta de ahorro (mediante la presentación de la documentación que le es solicitada: comprobante del término de sus estudios y comprobante de que pertenece a una familia activa del Programa Oportunidades). Estos jóvenes pueden acumular en total hasta un máximo de 3000 puntos.

En 2004 empieza a operar el Esquema Diferenciado de Apoyos (EDA). La Coordinación Nacional del Programa requiere que las familias beneficiarias, al cumplir tres años de recibir los beneficios del mismo, se sujeten a un Proceso de Recertificación. Este evalúa nuevamente las condiciones socioeconómicas de las familias incorporadas a través de la aplicación de una encuesta, llamada de recertificación (ENCRECEH). Con base en los resultados de esta encuesta, el Programa tiene los elementos para decidir mantener a las familias que siguen siendo elegibles sin cambios en los apoyos (esquema tradicional), para transferir familias que han superado este nivel al Esquema Diferenciado de Apoyos, y para dar de baja a familias que se consideran *errores de inclusión*. El EDA se basa en puntajes que se usan para detectar hogares que han estado por encima del umbral de elegibilidad, desde el momento de incorporación y en el momento en que la ENCRECEH es aplicada. Estos hogares no son transferidos al EDA sino que son dados de baja como “errores de inclusión”. Los hogares rurales que han superado el umbral son transferidos al EDA a los seis años de su incorporación, y los urbanos a los cuatro años. Las familias transferidas al EDA dejan de recibir los apoyos alimentarios y las becas de primaria, y reciben sólo las becas de secundaria y preparatoria, sin cambio en las corresponsabilidades. Si en un hogar transferido al EDA hay niños que cursan la primaria, éstos no reciben la beca pero deben seguir asistiendo a la escuela como si la recibieran, porque la asistencia de todos los niños a la escuela sigue siendo parte del cumplimiento de las corresponsabilidades. Un hogar sin jóvenes que cur-

sen secundaria o preparatoria deja de recibir todos los apoyos económicos, aunque continúa la exigencia del cumplimiento de las corresponsabilidades porque, en teoría, dicho hogar es aún beneficiario.

El Esquema Diferenciado de Apoyos y la Plataforma de Jóvenes con Oportunidades pueden ser entendidos como esquemas de “graduación”, o puertas de salida del Programa. Su diseño responde a la idea de que empiezan a salir “cohortes” de beneficiarios del Programa, es decir, por una parte, de becarios que terminan la educación media superior, momento en el que el Programa ve su acción, con esos becarios, terminada. Por la otra, con familias que han superado el umbral de elegibilidad y que, se estima, tendrán la capacidad de mantenerse fuera de la pobreza por sí mismas. Mientras que EDA y PJO son esquemas en los que subsisten muchos de los apoyos del Programa (aunque hay familias que por no tener niños en primaria y secundaria pierden todos los apoyos), con el sistema de “bajas”¹¹ el Programa cancela su interacción con las familias que en teoría nunca debieron ser incorporadas o que no cumplieron con sus corresponsabilidades.

LAS EVALUACIONES CUALITATIVAS

Pocos programas de política social han sido tan ampliamente evaluados, respecto de sus alcances e impactos, como el Programa de Desarrollo Humano Oportunidades. De acuerdo con las Reglas de Operación del Programa mismo se ha encomendado la evaluación de la instrumentación y resultados de sus

¹¹ Los hogares pueden ser dados de baja por incumplimiento de las corresponsabilidades o porque son considerados errores de inclusión (porque sus condiciones socioeconómicas sobrepasan el umbral de elegibilidad). Los hogares rurales se “gradúan” (dejan de formar parte del conjunto de hogares beneficiarios del Programa) a los nueve años después de su incorporación, , o al término del tercer año dentro del Esquema Diferenciado de Apoyos., lo que sucede a los siete años de la incorporación en el caso de los hogares urbanos. En ninguno de estos casos se dan de baja, en el primero pasan al EDA y después de 9 años de incorporados se gradúan en lo rural y 7 años en lo urbano.

acciones a instituciones académicas de investigación, mexicanas y de fuera del país.¹² Así, poco tiempo después de que el Programa iniciara sus operaciones comenzó a recibir la atención de estudiosos de distintas disciplinas para conocer sus efectos en diferentes aspectos del bienestar de la población beneficiaria. Con metodologías y estilos propios de cada especialidad, desde 1999 se han llevado a cabo investigaciones –de corte cuantitativo y cualitativo– sobre una amplia gama de temas y problemáticas. Especial interés ha generado el cambio en la escolaridad de los niños y los jóvenes –hombres y mujeres– así como el grado de éxito en los intentos del gobierno federal por disminuir la brecha de género en la escolaridad de niños y niñas (Parker, Behrman y Todd, 2005; Todd y otros, 2005; Neufeld y otros, 2005). Las prácticas de consumo alimentario y de cuidado de la salud de los miembros de los hogares incorporados han atraído también el interés de estudiosos de la política social. Los usos que los beneficiarios dan a las transferencias (apoyos monetarios) y a los complementos alimenticios (la papilla y la bebida enriquecida que el Programa da a infantes de bajo peso y talla y a mujeres embarazadas, respectivamente); los cambios que se gestan al interior de los hogares a raíz de su incorporación al Programa; y el papel de las mujeres en su calidad de titulares y responsables del cumplimiento de las corresponsabilidades son algunos de los temas abordados.

Las investigaciones sobre los impactos del Programa Oportunidades han producido resultados de distinta naturaleza. Por un lado, existen textos académicos escritos para audiencias especializadas en temas específicos (género, familia, educación, nutrición, pobreza y política social) y, por el otro, los reportes de las evaluaciones propiamente dichas, realizados con la finalidad de que el conocimiento adquirido a través de la investigación se convierta en un insumo real (y no potencial) para el mejoramiento de los

¹² El Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), el Instituto Nacional de Salud Pública (INSP), el International Food Policy Research Institute (IFPRI) y el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) han sido las instituciones de investigación que han realizado evaluaciones del impacto del Programa.

instrumentos operativos del Programa mismo. Las evaluaciones, tomadas como conjunto, han procurado cumplir con una serie de objetivos que incluye la medición de los impactos del Programa en el corto y mediano plazo la identificación de cambios en las prácticas familiares y en el bienestar asociados a otros factores, el análisis de los efectos indirectos y, en general, la formulación de recomendaciones, basadas en el conocimiento adquirido, para el mejoramiento del Programa.

De las evaluaciones, todas ellas encaminadas a conocer los alcances y limitaciones del Programa Oportunidades, son los estudios etnográficos los que en este libro nos conciernen. Para identificarlas y contrastarlas con las de corte cuantitativo, las evaluaciones de corte etnográfico recibieron el nombre de *evaluaciones cualitativas*. En realidad, todo estudio etnográfico es cualitativo, mientras que no todo estudio cualitativo –que use o se apoye, por ejemplo, en entrevistas *a profundidad*– es etnográfico. Las evaluaciones antropológicas, además, han aprovechado crecientemente la potencialidad de los análisis socio-estadísticos (Cortés, Escobar y González de la Rocha, 2006).

Los estudios de corte etnográfico con fines de evaluación iniciaron en 1999, cuando la Cámara de Diputados tuvo la iniciativa de financiar un estudio que diera cuenta de los logros y los posibles problemas de operación del entonces PROGRESA a través de trabajo de campo en distintas comunidades rurales. El financiamiento prometido por la Cámara de Diputados nunca fue liberado pero el interés de los directores del proyecto, Agustín Escobar y la que esto escribe, en el fascinante mundo de los cambios observables en las familias incorporadas a programas de política social no fue abatido. Con fondos propios,¹³ realizamos en 1998-1999 un modesto pero fructífero estudio (Escobar, 2000). Poco después recibimos la invitación del director del Programa, el Dr. José Gómez de León, a diseñar y llevar a cabo otro estudio etnográfico sobre los cambios que PROGRESA podía producir en las comunidades rurales. Gómez de León estaba convencido de la necesidad de

¹³ Ahorros de un estudio financiado por la Fundación Ford.

que el Programa fuera objeto del escrutinio de una investigación etnográfica. De esa forma, Escobar y González de la Rocha dirigieron en el año 2000 una segunda evaluación (Escobar y González de la Rocha, 2000), la primera como evaluadores externos contratados por el propio Programa, a la que siguieron cinco más. Desde 2001, contamos con el interés y la colaboración de Rogelio Gómez Hermosillo, Coordinador Nacional del Programa Oportunidades. Basadas en investigaciones de campo que generan información de primera mano, guiadas por preguntas pertinentes para el estudio de los procesos que dan lugar a cambios en la capacidad de reacción de las familias de Oportunidades y enraizadas en un enfoque conceptual, las evaluaciones cualitativas del Programa se sitúan en un campo añejo pero relativamente abandonado en México, el de la antropología aplicada. Quienes participamos en este campo creemos que, sin dejar de ser estrictos en el método y rigurosos en el análisis, hacemos antropología con los pies en la tierra con la esperanza de contribuir a que las familias pobres de este país amplíen su gama de recursos.¹⁴ A lo largo de los trabajos de campo realizados para evaluar distintos componentes del Programa Oportunidades, hemos observado entre los pobres la creencia —a veces sólo un sueño— de que el futuro será mejor. Si no para la generación de adultos, sí para la de los niños y los jóvenes, los hijos. En ello coinciden quienes se ubican en el diseño e instrumentación del Programa y las mujeres titulares del mismo. Tanto el Estado como los miembros de los hogares beneficiarios han decidido apostarle al futuro y por ello —aunque las titulares del Programa son las mujeres madres— la inversión principal está destinada a elevar la escolaridad y mejorar la salud de los hijos de las familias beneficiarias.

Una característica de las evaluaciones cualitativas de impacto del Programa Oportunidades fue la premura con la que debían entregarse los

¹⁴ La referencia obligada cuando se habla de la *antropología con los pies en la tierra* es Nancy Scheper-Hughes (1992), especialmente cuando esta autora describe el tipo de etnografía que realizó en el nordeste de Brasil como una que se origina en los dilemas y las realidades de los sujetos de estudio.

resultados, aspecto que sin duda lleva el sello de la tensión existente entre los tiempos administrativos y normativos para las evaluaciones y los tiempos, mucho más pausados y largos, del trabajo académico. Con excepción de la evaluación 2001-2002, que realizó un estudio basal y un seguimiento al año siguiente, todas las demás se realizaron en un lapso de nueve meses o menos. Ello, aunque no impidió llevar a cabo un análisis *comparativo y acumulativo* respecto de los hallazgos de las evaluaciones previas, cada año, restó posibilidades para una reflexión general que la madurez alcanzada permite ahora.

PROPÓSITO DEL LIBRO

Este libro tiene un doble propósito. Por un lado, realiza un balance sintético de los hallazgos de las investigaciones etnográficas que dieron sustento a las evaluaciones cualitativas del Programa Oportunidades. Esta síntesis se centra en los hallazgos acumulados del impacto del Programa en los hogares beneficiarios. Aunque se tomó la decisión de no incluir las evaluaciones realizadas en 1999 y 2000 en el balance que aquí se lleva a cabo, por motivos que serán más adelante explicados,¹⁵ hay elementos conceptuales, preguntas empíricas e hipótesis de trabajo que surgieron desde las primeras evaluaciones y permanecieron en las realizadas en años posteriores. Este libro, por lo tanto, reúne resultados de nuestras investigaciones etnográficas con especial énfasis en los procesos familiares y en los cambios que los grupos domésticos han experimentado a raíz de su incorporación al Programa.

El segundo propósito es profundizar en el análisis y la reflexión sobre distintos tipos de grupos domésticos que reciben o han recibido los apoyos económicos del Programa para explorar si cambios de distinto tipo (modifica-

¹⁵ Ver el capítulo dos de este volumen.

ciones en los patrones de consumo o en la división del trabajo, por ejemplo) están asociados a las diferencias que los hogares exhiben según su estructura y la etapa del ciclo doméstico. Creemos que el Programa es un factor crucial, pero no el único, en los cambios observados en las formas de organización y en las dinámicas doméstico-familiares. El libro sintetiza los resultados de cinco años de investigación; aporta una visión diacrónica de los procesos familiares a partir de la incorporación de los grupos domésticos al Programa Oportunidades y lo que este Programa ha significado para las familias. Se privilegia la mirada etnográfica con la finalidad de mostrar los procesos y los contextos socioeconómicos y domésticos que conducen a arreglos y respuestas familiares distintos.

El tema central de este libro es el cambio doméstico familiar que se genera a partir de la relación entre las familias y el Estado a través de un programa de política social. Una pregunta que surge es si las políticas y los programas sociales refuerzan el modelo tradicional de familia (formada por un hombre adulto que actúa como proveedor principal, una mujer que se dedica al trabajo reproductivo y su descendencia), la división del trabajo tradicional por género y las jerarquías domésticas por género y edad (subordinación femenina).¹⁶ O si, más bien, podemos pensar en embriones de cambio como producto de la mayor escolaridad de las niñas y las jóvenes y de la ampliación del margen de las mujeres adultas (titulares del Programa) en la toma de decisiones.¹⁷ Al hablar de los cambios que se gestan al interior de las familias y grupos domésticos nos detenemos a discutir otros muchos temas. Particular relevancia tiene el de las capacidades diferenciales –individuales y domésticas- de enfrentar las transformaciones del entorno y los riesgos

¹⁶ Los análisis de Bibars (2001) y Molyneux (2005) apoyan la idea de que las políticas sociales refuerzan la posición subordinada de las mujeres al interior de los grupos domésticos.

¹⁷ Un análisis actualmente en curso (Zavala, 2006) muestra que los proyectos de vida y las prácticas cotidianas de las jóvenes rurales que han logrado, superando muchos obstáculos y dificultades, terminar su educación media superior (muchas de ellas con los apoyos del Programa Oportunidades) son muy distintos a los de sus madres y hermanas sin escolaridad.

de la existencia en condiciones de pobreza. El lector encontrará en este libro una reflexión sobre las respuestas familiares ante esos cambios y sobre las maneras en las que el Programa Oportunidades ha incidido en dicha capacidad de respuesta. En suma, este es un libro sobre vulnerabilidad, sobre procesos de cambio doméstico-familiar y sobre factores asociados a la reducción o el recrudecimiento de la pobreza. Los análisis aquí realizados documentan los procesos de acumulación de ventajas y desventajas que se gestan en distintos escenarios domésticos y, al mismo tiempo, ofrecen elementos para discutir cambios en las relaciones de género, la importancia de los esfuerzos femeninos para la sobrevivencia y el bienestar de los hogares y, en general, los cambios en el acceso a los recursos que nutren las economías familiares.

Buscamos tener una audiencia amplia y diversa que incluya tanto a especialistas en los campos de la familia y las políticas sociales y estudiantes de ciencias sociales así como a diseñadores, operadores y evaluadores de programas de política pública. Sobre todo, esperamos que nuestro público esté formado por todos aquellos que están interesados en el desarrollo del país y en la construcción de una sociedad menos desigual e injusta.

PREGUNTAS E HIPÓTESIS

Son muchas las preguntas que intentamos responder. Estas preguntas conforman el núcleo central de los intereses que nos han caracterizado como equipo de investigación: ¿Cuál es el impacto del Programa de Desarrollo Humano Oportunidades en el bienestar de las familias incorporadas como beneficiarias al mismo? ¿Qué aspectos o dimensiones del bienestar familiar han sido más claramente modificados? ¿Existen factores domésticos que influyen en las capacidades familiares de aprovechar los apoyos y servicios de los programas de política social? O, dicho de otra manera, ¿son homogéneos los cambios que el Programa busca producir, sin que las características de los grupos domésticos influyan en el grado del impacto? ¿De qué manera actúan

factores exógenos al grupo doméstico, particularmente las opciones laborales, en la construcción cotidiana del bienestar familiar? Y, finalmente –aunque este largo listado podría continuar– ¿qué posibilidades de producir cambios en el bienestar de la población tiene un programa como Oportunidades, cuando el entorno económico de los grupos domésticos está deteriorado o francamente deprimido?

A lo largo de ya más de un quinquenio de investigación se ha estudiado el impacto del Programa Oportunidades en los niveles de bienestar, los patrones de consumo, el acceso al cuidado de la salud y la organización social de familias de escasos recursos en distintos tipos de localidades y regiones del país. Contamos con información sobre familias incorporadas al Programa en años distintos, por lo que es posible y necesario distinguir grupos de familias de larga exposición al Programa (aquéllas incorporadas a partir de 1997), de grupos de familias con ninguna o más corta exposición (incorporadas en etapas posteriores o que no formaban parte del Programa en el momento de alguna evaluación). Los estudios de caso de los que se nutre nuestro análisis corresponden a familias rurales, semi-urbanas y urbanas no incorporadas o incorporadas al Programa Oportunidades en distintas etapas y a medida en que el Programa mismo se expandía geográficamente y aumentaba el número de familias beneficiarias. Pero dado que el Programa Oportunidades no se limitó a aumentar las filas de sus beneficiarios sino que en el proceso diseñó y puso en práctica nuevos componentes y esquemas (PJO, EDA), nuestras evaluaciones cualitativas incluyeron análisis pormenorizados del impacto de dichos componentes en el bienestar de las familias beneficiarias.

Resulta crucial realizar el análisis que aquí se presenta no únicamente en aras de un balance necesario para cerrar todo un ciclo de evaluaciones de un programa social sino para, en primer lugar, ofrecer una mirada de conjunto de los logros y limitaciones (de impacto) del Programa Oportunidades respecto de los cambios producidos en el bienestar de las familias incorporadas en distintas regiones del país. En segundo lugar, para proporcionar una síntesis de los análisis antropológicos que han dado sustento a las *evaluaciones cualitati-*

vas. En tercer término, este libro ofrece un análisis detallado del impacto del Programa Oportunidades en distintos tipos de familias según las diferencias socio-económicas del entorno, el acceso al mercado de trabajo y a los servicios provistos por el Estado (las estructuras de oportunidades) y la manera en que estos factores moldean las capacidades familiares de generación de ingresos y, por tanto, las economías domésticas. Además, muestra los pormenores de las diferencias entre las familias y el impacto de Oportunidades en sus niveles de bienestar según su periodo de exposición al Programa, el tipo de apoyos que reciben del mismo (sólo alimentario, alimentario más una beca, varias becas de niveles educativos distintos) y las características de los propios grupos domésticos en términos de su estructura, composición, jefatura y etapa del ciclo doméstico.

En suma, en este libro se privilegia el análisis de la organización social de los grupos domésticos familiares no únicamente porque el Programa Oportunidades opera al nivel de las familias para acercarse a su objetivo central, romper el círculo intergeneracional de reproducción de la pobreza –proceso que se gesta y tiene lugar en los espacios y tiempos familiares. La atención se enfoca en los grupos domésticos porque son éstos las unidades de análisis idóneas para observar los cambios que el Programa pretende producir (mejor alimentación, más largas trayectorias escolares, prácticas positivas del cuidado de la salud, cambio en el uso de la fuerza de trabajo infantil). Más aún, centramos nuestros análisis en los grupos domésticos porque estos son los escenarios de la sobrevivencia, en donde se instrumentan prácticas y mecanismos para enfrentar y sobrellevar la vida en pobreza y los problemas que la escasez de recursos acarrea en la vida cotidiana de los individuos. Es ahí, en el seno de la vida en familia, con sus elementos de cohesión y unidad pero, también, con todas sus desarmonías, fisuras y desigualdades, donde los sujetos de nuestro estudio luchan día con día para asegurar el acceso a bienes y servicios básicos para sobrevivir en contextos en donde el empleo y la producción agropecuaria no siempre son suficientes o posibles. Sobre todo, hemos privilegiado el análisis de las familias porque el impacto del Programa

Oportunidades existe en mayor o menor medida en función de los procesos familiares y las condiciones domésticas de aprovechamiento de los apoyos del Programa.

Es necesario aclarar que, por *impacto* entendemos cualquier modificación a las condiciones de vida de los grupos domésticos que puede ser directa o indirectamente asociada al Programa Oportunidades. En teoría podría haber tanto impactos negativos como positivos, pero la mayoría de los observados por nosotros caen en la segunda categoría, aunque en distintos grados. Los cambios en la dieta que año con año hemos observado, las inversiones en la vivienda, la mayor facilidad con la que las mujeres titulares del Programa obtienen crédito en las tiendas locales, el alargamiento de las carreras escolares son, casi sin excepción, evidencias claras del impacto positivo del Programa. En los análisis que forman la base de este libro, sin embargo, se ha hecho un esfuerzo adicional para construir una especie de *gradiente* del impacto. Si el objetivo del Programa es romper el círculo de reproducción intergeneracional de la pobreza podemos asumir que el máximo impacto debe ser el que produce acciones que —en el mediano y largo plazo— acercarán más a los hogares beneficiarios a situaciones en las que los niños y jóvenes no tengan que abandonar la escuela para trabajar y lleguen a la etapa productiva de sus vidas en buen estado de salud y con credenciales y capacidades suficientes para obtener de su trabajo los satisfactores a sus necesidades. Por ello, hemos decidido darle un mayor peso a los cambios en las prácticas domésticas que pueden asociarse a una estrategia de reproducción familiar que modifique en el mediano o largo plazo la posición de sus miembros (los niños y jóvenes) en la estructura socioeconómica, mejores empleos mediante mayor escolarización, por ejemplo, que a las prácticas encaminadas al corto o inmediato plazo. Nos interesa distinguir, por lo tanto, el impacto del Programa en acciones domésticas que apuntalan las estrategias de sobrevivencia inmediata (por ejemplo, destinar las transferencias a sólo los alimentos que de otra forma no se podrían adquirir), por importante que ello sea, del impacto que robustece, a través de acciones y prácticas en el presente, las estrategias encaminadas a la movilidad

ascendente en el futuro (como la inversión en la educación de los hijos y en la vivienda, en acciones productivas o el ahorro).¹⁸ Distinguir entre ambos tipos de impacto no incluye juicios de valor. Si se tratara de asignar valores diferenciales quizás llegaríamos a la conclusión de que lo más importante es resolver el hambre. Podría argumentarse, además, que alimentar en el presente es una inversión para el futuro de esos individuos (más fuertes, más sanos) o que, dicho de otra forma, no hay futuro sin presente. De lo que se trata es de introducir un elemento temporal, el plazo inmediato y el más largo, como un eje que ayude a distinguir en el análisis distintos tipos de impacto o de aprovechamiento de los apoyos del Programa Oportunidades.

Por lo anterior, se construyó el siguiente conjunto de hipótesis de trabajo:

- a) El impacto del Programa Oportunidades se acerca a los niveles más altos del gradiente en los hogares de más largo periodo de exposición y, por lo tanto, el impacto es más mesurado en los hogares de más reciente incorporación. En los primeros podemos esperar un aumento significativo de los ingresos domésticos a través de la suma de transferencias (apoyo alimentario más becas educativas), una mayor capacidad de mejorar la alimentación y de aprovechar los servicios de salud (con todo y las limitaciones de los centros de salud) y, en tercer lugar, el alargamiento de las trayectorias escolares de los niños y jóvenes. La naturaleza acumulativa de la incorporación al Programa se manifiesta tanto en los cambios buscados explícita y directamente por el Programa (educación, salud y alimentación) como en otras áreas de la vida doméstica (capacidad de compra y de mantenimiento de relaciones sociales). Sin embargo, esta hipótesis adquiere un interés mayor cuando se consideran las complejidades del universo y se ponen a prueba hipótesis complementarias.
- b) El grado de impacto del Programa Oportunidades observado en el

¹⁸ Para ello nos basamos en la idea clásica de distinguir las estrategias de sobrevivencia con una connotación temporal inmediata, de las estrategias de más largo plazo encaminadas a la reproducción familiar (Schmink, 1979, 1984; Roberts, 1991; González de la Rocha, 1994).

presente etnográfico está moldeado por el escenario doméstico (en términos de su inserción laboral, estructura familiar y etapa del ciclo doméstico) al tiempo de la incorporación. Esto quiere decir que existen momentos del ciclo doméstico y características de los hogares que actúan como una *ventana de oportunidades* o umbral de despegue que permite que se genere un aprovechamiento a largo plazo (que se acerque al máximo del gradiente) de los apoyos del Programa. Estos distintos escenarios son: 1) Los hogares en los que los apoyos de Oportunidades se *suman*, y no sustituyen, a por lo menos un ingreso regular. 2) Los hogares en donde el trabajo femenino a cambio de un salario coexiste con ingresos masculinos. 3) Los hogares en los que, porque hay más de una mujer adulta, el trabajo femenino se realiza con menores presiones domésticas y, por lo tanto, existen menos conflictos en el cumplimiento de las corresponsabilidades.¹⁹ 4) Los hogares que transitan por la etapa de expansión, pero en momentos relativamente avanzados (es decir, los hijos o buena parte de ellos son elegibles para recibir becas de Oportunidades en distintos niveles educativos). Se sostiene que en estos escenarios se disparan procesos muy positivos de aprovechamiento de los apoyos: los ingresos domésticos aumentan considerablemente (especialmente con varias becas sumadas a ingresos ya existentes y relativamente estables), los hijos e hijas van a la escuela y alargan sus trayectorias escolares, los miembros del hogar reciben atención médica,

¹⁹ La bibliografía sobre organización doméstica y trabajo femenino ha mostrado que los hogares en donde hay más de una mujer adulta despliegan mecanismos de división del trabajo doméstico que permiten una mayor incorporación femenina en el mercado laboral (Chant, 1991; González de la Rocha, 1994; García y Oliveira, 1994). El hecho de que al menos dos mujeres compartan el trabajo doméstico (arreglo que se observa sobre todo en hogares extensos y/o en hogares que atraviesan por la etapa de consolidación del ciclo doméstico) puede, en los hogares del análisis que aquí se propone, actuar en varios sentidos: a) facilitar la incorporación de por lo menos una mujer al mercado laboral; b) repartir entre varias mujeres y por ende reducir a nivel individual la carga doméstica –labores reproductivas que incluyen los quehaceres domésticos y la crianza y socialización de la prole; y c) facilitar el cumplimiento de corresponsabilidades tanto en términos de la asistencia como en términos del aprovechamiento de los contenidos (por ejemplo, de las pláticas de salud).

las familias (mujeres) reciben información sobre cómo mejorar las dietas y prevenir enfermedades, las mujeres titulares afianzan vínculos entre el grupo de beneficiarias y cuentan con regularidad de ingresos, seguridad, acceso a créditos y, por último, las tareas domésticas, de generación de ingresos y las derivadas del cumplimiento de las corresponsabilidades no generan conflictos irresolubles. Estos son escenarios de acumulación de ventajas.

- c) Derivada de la anterior, esta hipótesis plantea que en los escenarios domésticos que por sus características socio-demográficas no alcanzaron el umbral de despegue al momento de su incorporación al Programa o poco tiempo después, no hubo elementos para la pronta o inmediata propulsión de procesos de acumulación de ventajas (aunque estos pueden gestarse en el futuro). Estos son los hogares que cuando fueron incorporados eran o muy jóvenes o muy viejos, con una precaria incorporación al mercado de trabajo, mujeres/madres abrumadas por sus responsabilidades domésticas y prácticas irregulares de generación de ingresos y jefas de hogar sin la ayuda de otras mujeres co-residentes. A menudo, en estos hogares hay miembros enfermos y se observan prácticas de abuso en el consumo de alcohol. Estos, aquí se plantea, son escenarios de acumulación de desventajas.
- d) En los hogares o escenarios domésticos de la hipótesis “b”, en los que se puede prever un aprovechamiento de más largo plazo de los apoyos del Programa, dadas sus características (llamadas aquí *ventana de oportunidades* o umbral de despegue), Oportunidades incrementa la base segura de ingresos y de bienestar que hace posibles varios procesos positivos: 1) acceso al crédito; 2) ahorro y disminución consecuente de impactos catastróficos de eventos (y gastos) inesperados; 3) mejoras sustanciales en la vivienda y participación más activa en los procesos de regularización de la propiedad y de mejora del barrio (con lo que aumenta tanto el valor de las propiedades como la satisfacción de necesidades) y 4) creación y/o consolidación

de pequeños negocios y mayor acumulación de activos productivos (animales, maquinaria, etc.).

- e) Los hogares que no alcanzaron el umbral de despegue al momento de su incorporación también se benefician con los apoyos del Programa Oportunidades. Como se ha visto en los análisis que año con año se han realizado, aumenta su capacidad de pago y con ello obtienen productos fiados de uso diario y, sobre todo, son capaces de cubrir mejor las necesidades alimenticias de sus familias. La diferencia entre ambos escenarios domésticos (los de la hipótesis b, por un lado, y los de la hipótesis c, por el otro) es, en un escenario, el aprovechamiento de los apoyos para procesos de sobrevivencia en el plazo inmediato (el dinero se gasta mayoritariamente en comida, algo para educación y no alcanza para nada más, en un contexto en el que hay muy pocos e irregulares ingresos domésticos que sumar a los apoyos de Oportunidades) y, en el otro, para procesos de mejoramiento significativo de las condiciones de vida en el mediano y largo plazo (mayor escolarización para los hijos, procesos de ampliación y remodelación de las viviendas, creación de negocios familiares y ahorro).

Muchos de estos procesos han sido documentados en los análisis que año con año se han realizado en las investigaciones cualitativas pero las hipótesis aquí planteadas, aunque parten del mismo corpus teórico que nos ha guiado en el curso de las evaluaciones, son totalmente originales. El libro aporta los elementos para explicar las diferencias en el aprovechamiento de los apoyos del Programa Oportunidades. Los capítulos analíticos de los distintos tipos de grupos domésticos cuentan con descripciones de las historias de las familias que “despegaron” y de las que, por el contrario, se limitan a sobrevivir en una especie de “estancamiento” –mejor que sin el Programa, pero estancamiento al fin. Se han aprovechado construcciones analíticas de las evaluaciones cualitativas, como la de los escenarios de vulnerabilidad y los factores y procesos que llevan a dichos escenarios (Escobar, González de la Rocha y Cortés, 2005) para refinar y formular de una manera más acabada las diferencias entre los

escenarios domésticos donde las ventajas se acumulan y dan lugar a historias más exitosas y aquellos otros que, en contraste, están caracterizados por el estancamiento o la acumulación de desventajas.

A lo largo de las distintas evaluaciones se fueron sumando estudios de caso de grupos domésticos de distintas características, de distintas regiones y localidades. Del año 2001 a la fecha se realizaron 252 estudios de caso. Algunos de estos hogares fueron visitados en distintos años, lo que ofrece la posibilidad de hablar de los cambios sobre una base más firme. Contamos además con información que proviene de entrevistas a distintos actores importantes en la instrumentación del Programa (enlaces municipales, promotoras, vocales, médicos, enfermeras y maestros) y de grupos focales con estudiantes, padres y madres de familia. Por lo tanto, disponemos de una muy rica base empírica, recopilada cuidadosamente por investigadores formados en el método etnográfico y guiados por la teoría. Sobre esta base empírica se ha realizado el análisis y la formulación y reformulación de nuestros argumentos.

ESTRUCTURA DEL LIBRO

El libro consta de siete capítulos y un apartado de conclusiones. Los dos primeros capítulos que siguen a esta introducción son de mi autoría. En el primero, el lector encontrará la discusión de los conceptos utilizados a lo largo del libro y el enfoque de los recursos/activos de los hogares y la vulnerabilidad que ha guiado nuestras investigaciones. En el capítulo II se presenta una síntesis de los estudios etnográficos realizados de 2001 a 2005, haciendo explícitos los objetivos, la estrategia metodológica y los hallazgos de cada evaluación con especial referencia al impacto del Programa Oportunidades en los hogares beneficiarios.

El eje de análisis de los siguientes tres capítulos es el ciclo doméstico. Los resultados de las evaluaciones fueron perfilando cada vez más claramente la importancia del ciclo doméstico para la construcción de capacidades domés-

ticas ligadas al bienestar. Los autores de estos capítulos se dan a la tarea de mostrar esta compleja asociación. En el capítulo III, Paloma Villagómez lleva a cabo un análisis pormenorizado del estado de los recursos de los hogares que transitan por la etapa de expansión del ciclo doméstico e identifica la configuración particular que la vulnerabilidad adopta en este tipo de hogares. En su reflexión, a la autora le ha sido posible determinar no sólo los elementos que vulneran, sino también aquellos que fortalecen y permiten desarrollar capacidades y acumular recursos para el futuro. Más aún, observa que el mismo elemento que vulnera a un hogar puede favorecer a otro, dependiendo de la naturaleza de dicho elemento y de cómo interactúe con el resto de los recursos del hogar. En el proceso de comprender los factores de vulnerabilidad y de “potencialidad” en los hogares en expansión, Villagómez identifica los escenarios en que el Programa Oportunidades puede causar un impacto acorde a sus objetivos principales y otros en los que su efecto es menos contundente. Entre los primeros, la autora identifica los hogares donde las becas educativas y otros apoyos del Programa se suman a un portafolio de recursos que nutren la economía doméstica (ingresos a través del trabajo, viviendas relativamente cómodas), promoviendo el bienestar en un plazo de más largo aliento. En contraste, en los hogares que sólo cuentan con el apoyo a la alimentación como única transferencia monetaria y cuyo portafolio de recursos se encuentra deteriorado, el impacto del Programa sólo es observable en el corto plazo. Este análisis deja en claro que existen momentos sumamente difíciles –los años iniciales de la etapa de expansión– y que las dificultades implícitas a esta etapa van siendo gradualmente superadas conforme los hogares se acercan a la etapa de consolidación o equilibrio. Todo indica que el impacto del Programa tiene un ciclo semejante, o que el gradiente de su impacto se acomoda a los vaivenes económicos del ciclo doméstico.

Paloma Paredes es la autora del capítulo IV, en el que analiza las ventajas potenciales de los hogares en la etapa de consolidación del ciclo doméstico y plantea que la escasez de empleos y la precariedad de los existentes han

desvanecido dichas ventajas. Paredes afirma que el fin de la etapa reproductiva del hogar y la participación económica de más miembros no son elementos suficientes para fortalecer la economía de la unidad debido a dos factores principales. Por un lado, el contexto en el que se desenvuelven estas familias no ofrece opciones de empleo constante, seguro y con al menos mínimas prestaciones; por otro, los ingresos de los hijos que consiguen emplearse no redundan en beneficios para todo el hogar pues suelen destinarse a la satisfacción de necesidades propias. Además, la aportación del trabajo asalariado al hogar por parte de los hijos implica la renuncia a su carrera escolar media y superior, lo cual debilita las capacidades de los jóvenes hacia el futuro. La autora advierte que Oportunidades ha tenido un papel clave no sólo en la resolución del dilema entre la inversión en la educación de los hijos y su inserción al mercado laboral sino, también, en el alargamiento de la etapa de expansión de los hogares y la *postergación* y el acortamiento del equilibrio económico de la etapa de consolidación del ciclo doméstico.

Tras la reflexión sobre el equilibrio precario y fugaz de los hogares que atraviesan la etapa de consolidación, el lector encontrará el capítulo V, de Manuel Triano, en el que se lleva a cabo un análisis específico de los grupos domésticos que, según nuestras hipótesis, constituyen el escenario por excelencia de desventajas acumuladas en tanto reúnen los factores de vulnerabilidad de la etapa de expansión (la presencia de menores/nietos, sin la presencia de la generación de en medio) y de la etapa de dispersión avanzada (vejez de los jefes, ausencia de miembros en edad productiva y frecuentemente enfermedades). Triano se da a la tarea de reformular la hipótesis y argumenta que la formación de los hogares “dona” (constituidos por abuelos y nietos, sin la generación intermedia) no necesariamente representa mayores dificultades económicas por dos factores principales: las remesas (que envían los hijos/padres, los miembros de la generación ausente) y los mecanismos de reciprocidad intergeneracional diferidos en el tiempo –factores ambos que resultan también significativos para la supervivencia de hogares constituidos exclusivamente por adultos mayores.

Después del conjunto de capítulos sobre el ciclo doméstico, el capítulo VI, de Alejandro Castañeda, se ocupa de los hogares con jefatura femenina. Aquí, Castañeda aborda la diversidad y la dinámica de estos hogares y distingue entre la “condición” y la “posición” de las mujeres para, en la medida de lo posible, aislar aquellos elementos imputables a la vulnerabilidad en general de aquellos otros debidos a la posición de género. Castañeda sopesa el efecto de Oportunidades sobre ambos tipos de factores, concluyendo que el Programa tiene un importante impacto en la condición de las mujeres-jefas de hogar sin mejorar sustantivamente la posición de género de éstas.

Alejandro Agudo es el autor del capítulo séptimo, en el que entra de lleno en la discusión de la noción de familia que subyace al diseño e instrumentación del Programa Oportunidades (nuclear, biparental, división tradicional del trabajo asociada a una también tradicional construcción social de los roles familiares) y se pregunta por lo que ocurre en los hogares beneficiarios que no corresponden a dicho modelo o donde las relaciones intra y extra domésticas no conducen a las pautas de comportamiento esperadas. El autor encuentra que los grupos domésticos “divergentes” –los hogares de adultos mayores o los monoparentales y matrifocales– están caracterizados por una precaria capacidad de generación de ingresos, economías feminizadas y fuertes incompatibilidades entre el papel de las mujeres como proveedoras principales y el cumplimiento de las corresponsabilidades del Programa. A todas estas desventajas se suma el aislamiento social que surge de la falta de recursos básicos, dinero y tiempo, para entablar, nutrir y mantener relaciones de intercambio social recíproco. Este análisis apunta directamente a la importancia de las relaciones horizontales (entre vecinos, parientes, amigos) como cimientos del bienestar y progreso del hogar y sugiere que cuando estas relaciones se debilitan, los individuos y las familias dependen más de las relaciones verticales, en este caso las que los vinculan con instituciones y programas gubernamentales como Oportunidades.

Los autores seleccionaron, de un universo de 252 estudios de caso, los hogares para sus análisis. Los criterios de selección de los mismos están des-

critos en cada uno de los capítulos pero vale aclarar aquí que los estudios de caso son en su mayoría distintos, es decir, salvo algunas excepciones, no se repiten en los análisis realizados en cada capítulo.²⁰

Muchas personas e instituciones participaron en las investigaciones en las que se basa este libro. Todas ellas merecen mi reconocimiento. En primer lugar, el CIESAS (Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social) nos dio la libertad, a Agustín Escobar y a mí, de dedicar nuestro tiempo como investigadores a las evaluaciones cualitativas del Programa Oportunidades. El CIESAS Occidente, en Guadalajara, convirtió uno de sus espacios –la amplia cochera que se transformó en una funcional oficina– en la trinchera del equipo. Ahí organizamos múltiples reuniones de discusión, diseñamos instrumentos de recopilación de datos, pensamos colectivamente. De ahí salían los investigadores de campo llenos de preguntas, con computadora portátil al hombro y diarios de campo por llenar. Ahí volvían, asoleados y con los pies llenos de tierra, cargados de datos, experiencias y nuevas ideas.

El Programa Oportunidades merece una mención especial. Fueron fondos del Programa los que hicieron posible la investigación que, año con año, realizamos desde el año 2000. Los dos últimos proyectos (2005 y el que se planteó la realización de este libro, en 2006) se llevaron a cabo con fondos del Banco Interamericano de Desarrollo vía el Programa Oportunidades. Pero los programas y las instituciones son en tanto las personas que los hacen. Pepe Gómez de León abrió el Programa para su evaluación por medio de estudios etnográficos y, en su búsqueda de vínculos entre la demografía y la

²⁰ Son diez los hogares que aparecen en más de un capítulo: los estudios de caso de Fidelia (Xonocuautila, Puebla) y Antonia (Arteaga, Michoacán) son analizados tanto por Agudo como por Castañeda. El de Angelita (El Mango, Michoacán) aparece tanto en el texto de Agudo como en el de Paredes; y el de Remedios (La Florida, Michoacán) en el de Paredes y Castañeda. El hogar de Simona (Cerro del Indio, Guerrero) y el de Elvira (Cañada Ancha, Coahuila) son analizados tanto por Agudo como por Villagómez, mientras que los de Susana (Pitahayo, Guerrero) y Gregoria (Paredón, Coahuila) aparecen en los análisis de Agudo y Triano. Castañeda y Triano, por su parte, comparten el estudio de caso de Isabela (Cuechod, San Luis Potosí) y el de Gozos (Santa María Cortijos, Oaxaca).

antropología y entre la ciencia y la política social, confió en nosotros. Daniel Hernández fue un estímulo constante durante el tiempo que estuvo a cargo del Programa. Desde al año 2001, como Coordinador Nacional del Programa, Rogelio Gómez Hermsillo hizo posible la continuidad de las evaluaciones cualitativas en que se basa este libro; Rogelio no sólo fue siempre tolerante a nuestras críticas y sugerencias sino que, además, hizo explícito su interés en nuestros resultados de investigación. Mónica Orozco proporcionó claridad en las discusiones. Iliana Yaschine y Ana Núñez son, desde hace varios años, nuestras interlocutoras por parte del Programa Oportunidades. Ellas leyeron cuidadosamente cada una de las muchas páginas escritas, nos facilitaron bases de datos y análisis del padrón de beneficiarios y resolvieron dudas sobre la operación del Programa o los complejos componentes del mismo. Concepción Steta, Directora General de Planeación y Evaluación del Programa Oportunidades, se convirtió en un reto intelectual. La centralidad y pertinencia de sus preguntas y comentarios, y los ritmos –casi inalcanzables– de sus reflexiones y de su discurso me hicieron titubear en más de una ocasión. Sobre todo, Concha siempre provocó discusiones informadas e inteligentes, formuló preguntas penetrantes y fomentó la investigación. El respeto que todos ellos mostraron a lo largo de los años hacia el trabajo realizado por nosotros debe ser reconocido. Aceptaron nuestras decisiones y resultados, por críticos que fueran. Discutimos mucho con ellas pero nunca cambiaron ni una coma en nuestros textos. Sabemos que no todos los funcionarios son así.

De 2002 a 2006 contamos con el referente académico de un grupo asesor, conformado en distintos momentos por Catalina Denman, Bryan Roberts, Enrique Valencia y Fernando Cortés. Sus comentarios y sugerencias fueron siempre pertinentes y nuestro trabajo se benefició de sus incuestionables capacidades y experiencia académicas.

Aunque Escobar y González de la Rocha siempre fungieron como directores de la evaluación cualitativa, con la participación de Fernando Cortés en la co-dirección de la evaluación del 2005 y la de Patricio Solís e Israel Banegas en el análisis sociodemográfico de esa misma evaluación, el equipo de investiga-

dores de campo tuvo variaciones. Quiero hacer explícito mi agradecimiento a todos los que participaron tanto en los procesos de recolección de información como en los de sistematización a lo largo de estos cinco años de investigación.²¹ Excepto en dos casos (Alejandro Agudo y Alice Wilson), todos los miembros del equipo iniciaron su participación como estudiantes o recién egresados de licenciaturas en alguna disciplina de las ciencias sociales. Con las mismas excepciones, ninguno era antropólogo. No es fácil integrar un equipo sólido con jóvenes, que, aunque ávidos de experiencia en la investigación, arribaron al equipo con apenas nociones de lo que es la investigación etnográfica. El paso de muchos fue breve. Escobar y González de la Rocha, al inicio de cada nuevo proyecto, debieron invertir muchas horas y esfuerzo en la formación de nuevos candidatos, es decir, en el arte de seducir y convertir a grupos de no antropólogos a la antropología. El papel de los miembros del equipo de investigación no era el de recopiladores de datos sino el de investigadores con capacidad de tomar decisiones en el trabajo de campo, participar en la elaboración de guiones de entrevista y en el análisis del material empírico y

²¹ El estudio basal semi-urbano (2001) fue coordinado por Marisa Martínez Moscoso y participaron, como investigadores de campo, Juan Manuel Anaya, Cecilia Escobedo, Alma Leticia Flores, Jesús Alejandro Hernández, Mónica Morales y Diana Elena Serrano. En la sistematización de la información participaron Marisa Martínez, Manuel Triano, Paloma Paredes y Paloma Villagómez. El equipo de investigación del 2002 (seguimiento semi-urbano), coordinado también por Marisa Martínez, contó con Juan Manuel Anaya, Jesús Alejandro Hernández, Paloma Paredes, Manuel Triano, Paloma Villagómez y Zaira Zavala Angulo como investigadores y sistematizadores de información; los tres últimos, junto con Mercedes González de la Rocha y Agustín Escobar, se ocuparon además del análisis final. Marisa Martínez volvería a coordinar de nuevo la evaluación de 2003 (etapa urbana), en la cual participaron los mismos investigadores del año anterior. La evaluación rural de mediano plazo de 2004 contó de nuevo con dichos investigadores y con Jane Rawlins, así como con la colaboración especial de Eric Janssen, Alice Wilson, Marisa Martínez y Diego Juárez. Finalmente, en la evaluación del Esquema Diferenciado de Apoyos de 2005 participó un nutrido grupo de investigadores formado por Alejandro Agudo Sanchíz, Juan Manuel Anaya Zamora, Alejandro Castañeda Valdez, Paloma Paredes Bañuelos, Nadia Irina Santillanes Allande, Manuel Triano Enríquez, Paloma Villagómez Ornelas y Zaira Ivonne Zavala Angulo, coordinados por Mercedes González de la Rocha.

reflexionar sobre los hallazgos. Los que se quedaron son quienes mostraron interés y habilidades especiales para el trabajo de campo y para el análisis y, junto conmigo, asumieron la responsabilidad de escribir para este libro.²² Ellos saben cuánto valoro su trabajo. En el proceso de formación e investigación también se han construido afectos, solidaridades y complicidades. Aunque no haría falta, quiero dejar constancia de mi reconocimiento al trabajo acertado y siempre profesional de Alejandro Agudo, Alejandro Castañeda, Paloma Paredes, Manuel Triano y Paloma Villagómez. El primero, además, asumió con destreza la coordinación de las actividades del proyecto que desembocó en este libro fungiendo como bisagra entre el Programa Oportunidades y el equipo de investigación, entre los *dead-lines* inamovibles de las entregas formales de resultados y los más lentos ritmos académicos, entre los requerimientos burocráticos y administrativos y los de la investigación.

Rosa María Rubalcava y Orlandina de Oliveira fueron unas lectoras cuidadosas y críticas. Ellas nos leyeron atentamente y comentaron distintas versiones de cada uno de los capítulos. De manera generosa nos obsequiaron reflexiones y sugerencias que hicieron posible aclarar confusiones, pulir el análisis y afinar conceptos. Espero que en el futuro cercano existan oportunidades para corresponderles y con ello abonar el intercambio del que como académicos no podemos prescindir. Para Rosa María y Orlandina, entonces, un sincero agradecimiento por todas las horas invertidas en las que han sabido combinar y distinguir afectos profundos, conocimiento y posturas críticas.

²² Zaira Zavala y Juan Manuel Anaya formaron parte del equipo de investigación durante cuatro y cinco años respectivamente y su participación como investigadores de campo y en el proceso de análisis fue muy importante. Ellos tuvieron que dejar de participar debido a los compromisos adquiridos en el CIESAS como estudiantes de tiempo completo de la maestría en antropología social. Alice Wilson, estudiante de la maestría en antropología social de la Universidad de Cambridge, participó en el análisis de la evaluación del 2004 mientras fungía como asistente de investigación de Mercedes González de la Rocha quien, durante el año académico 2004-2005, ocupó la Cátedra Simón Bolívar en esa universidad. Alice también participó en el trabajo de campo de la evaluación realizada en 2005 y regresó al Reino Unido a continuar con sus estudios de doctorado en antropología.

Debo y quiero reconocer el papel crucial que Agustín Escobar jugó en todas y en cada una de las etapas de investigación desde 1999 hasta, incluso, febrero de 2006. La formulación de los problemas a investigar, la selección cuidadosa de las comunidades para la realización de trabajo de campo, el diseño de los instrumentos, el análisis y la redacción de cada una de las evaluaciones realizadas hasta 2005 llevan su sello. No menos importante fue, a lo largo de todo este proceso, la siempre fina (no por ello siempre fácil) negociación de las propuestas de investigación, los contratos y los informes entre el Programa Oportunidades y el CIESAS que Agustín realizó. Incluso este libro fue en gran medida idea suya. En febrero del año 2006, Escobar fue elegido miembro del Consejo Nacional de Evaluación de Política Social, cargo que le impidió continuar con sus tareas como miembro de este equipo. Por supuesto, la forma que como responsable única decidí darle, el acento en lo doméstico-familiar y los matices que fue adquiriendo en el proceso de análisis y redacción, son ya fruto de una dirección unipersonal.